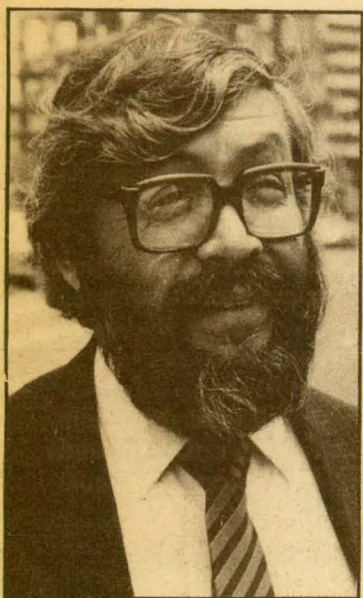


En el PRI ¿Hora De Cambio?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



A la hora en que este artículo esté impreso, quizá se haya realizado ya el acontecimiento inicial que debería dar lugar a una reforma intensa en el PRI. En el primer fin de semana de octubre, estaba creciendo la sensación de que renunciaría a su cargo, el lunes 6 o el martes 8 a más tardar, el presidente del Partido Revolucionario Institucional, el senador Adolfo Lugo Verduzco, para ser candidato al gobierno de Hidalgo. No sólo lo aseguraban quienes están siempre al cabo de la última información, sino que había indicaciones que, al menos por insuficientemente explicadas, daban lugar a la conjetura. Lugo Verduzco, en efecto, no recibió en las oficinas priistas al canciller soviético Edvard Schevardnadze, sino

que de ello se ocupó la secretaria general del partido, Irma Cué. Y no se trató de un problema de última hora: desde por lo menos una semana atrás, cuando se imprimió el programa de la visita del ministro soviético de Relaciones Exteriores, la ausencia de Lugo Verduzco estaba ya prevista. A menos que se trate de un deliberado desdén al importante visitante, esa anticipación avisaba ya que Lugo dejaría el liderato priista.

Si Lugo Verduzco se retira del partido, una nueva reunión del Consejo de ese partido —la tercera en este año, después de las de mayo y septiembre: algo insólito— deberá ocuparse de designar al sucesor, para que a su vez una asamblea nacional lo ratifique o designe uno distinto. La renuncia de Lugo abriría la posibilidad de una renovación priista, necesaria desde todo punto de mira. Y aun si Lugo permaneciera en su cargo, puesto, que no es explícitamente opuesto a semejante renovación, ésta tendría que emprenderse, con miras a la sucesión presidencial que al año próximo se resolverá.

Por lo que toca a las tareas partidarias de este año tan intenso en decisiones, luego de la de Hidalgo sólo quedaría por determinar quién ocupará la gubernatura de Quintana Roo. La decisión en este caso no ofrece dificultad alguna, ni respecto a los precandidatos, ni mucho menos frente a la oposición, de hecho inexistente en la entidad. De manera que prácticamente puede darse por concluida la tarea de este año, y el partido puede encauzar sus energías a mirarse a sí mismo y ponerse al día.

Aunque por sí misma en el interior del partido la corriente llamada democrática o democratizadora carece de posibilidades de constituirse en un germen de dinamismo nuevo, sus planteamientos y la personalidad de algunos de sus promotores no pueden ser simplemente soslayados por la dirigencia partidaria. Ciertamente es que nadie entre los firmantes del documento número uno, el primero con que formalmente se presenta en la escena esa corriente, sería capaz de poner en jaque a los dirigentes formales del partido, porque la estructura misma de éste impide la formación de tendencias internas y de liderazgos informales paralelos y opuestos a los derivados de los estatutos. Pero es cierto también que las afirmaciones suscritas por Cuauhtémoc Cárdenas, Carlos Tello y Porfirio Muñoz Ledo —por mencionar sólo a los más conocidos entre los firmantes— no pueden ser echadas por la borda como si no importaran, o como si el partido transitara por una de sus épocas de mayor bonanza política.

Aunque los candidatos a gobernadores de estados conflictivos, como Chihuahua y Durango, ya estén en su silla o hayan sido declarados electos, y

en consecuencia el objetivo político está cumplido, sería un error para el PRI creer lo que ha propalado respecto de la eficacia de su aparato electoral y de la correspondencia entre esa eficacia y los sentimientos de una vasta parte de la nación. El PRI triunfó, de manera formal, en esas dos entidades nortenas. Pero sería una pobre aspiración la de ese partido si se limitara a felicitarse por tal logro, sin reflexionar en si se trata o no de una victoria pírrica que requiera la revisión interna necesaria para que en adelante el PRI venza y al mismo tiempo convenza.

A pesar de que por tratarse de un partido integrado desde el poder, y no como resultado de una conjunción de fuerzas sociales, las decisiones allí han solido transmitirse verticalmente, de arriba hacia abajo, no es posible que se practiquen formas diversas de democracia interna en el partido gubernamental. Los intentos de Madrazo en 1965 se estrellaron contra escollos poderosos, pero no puede decirse que después no se haya avanzado en nada al respecto. Lo que ahora se llama consulta a la base militante ha sido practicado con diversas modalidades y con mayor o menor fortuna, pero se ha hecho. No radica allí, por consecuencia y a mi entender, el verdadero problema del PRI. El verdadero problema consiste en la clase de programa real que debe abanderar. Me refiero al programa real, no al que consta en sus documentos formales, llenos de afirmaciones compartibles hasta por el más severo crítico de las prácticas priistas. Me refiero a lo que el PRI debe impulsar que se haga en el ámbito gubernamental.

Llegamos así a un punto crucial. Parece ingenuo, y ocioso, imaginar que el PRI se convierta en un partido progresista, radical, cuando el gobierno con el que está indisolublemente ligado es lo contrario y se encamina hacia una sucesión que sólo por un azar o un cataclismo tendrá un signo distinto del actual. Por lo contrario, lo esperable sería que el PRI se haga más conservador en su actuación, para estar acorde con el realismo que es la divisa de la actual administración.

Y sin embargo, no deberíamos desesperar de que se produzca un acto de inteligencia política en quienes toman las decisiones. Para ello se reclamaría sólo una lectura atenta de los acontecimientos, que informan a quien quiere consultarlos, de la inminencia de puntos de quiebra en el discurrir de la vida pública mexicana. Aunque los ciudadanos han mostrado hasta ahora una resistencia estoica, es imposible tensar más la cuerda, como se aprecia; entre otros indicadores, por la violencia y la inseguridad urbanas y en el campo. Bien vistas las cosas, entonces, los operadores de las decisiones políticas, y quienes las adoptan, deben saber que no se puede simplemente continuar con políticas de alto costo social, sino que es preciso rediseñar los programas que permiten satisfacer necesidades básicas de la población, y que esos programas serían impulsados con ganancia política por un partido remozado y listo para, ya no digamos encabezar la inquietud popular, pero al menos para no sofocarla.

En un partido vertical, cabe esperar poco de la influencia de las capas inferiores y de los organismos de base. Por eso la corriente democrática, en sentido estricto, tiene escasas posibilidades de influir en los militantes, aunque quizá la tenga mayor si promueve un debate entre los dirigentes del partido, quienes también podrían ser sensibles a los planteamientos del Congreso del Trabajo, más proclive a modificaciones de la línea partidaria que algunas de las centrales que la integran, la CTM por ejemplo, que con frecuencia es contraria hasta a mutaciones mínimas en las relaciones de poder.

Una cosa es segura: el PRI tiene que cambiar. Si no lo hace, se verá obligado a enfrentar cada día más intensas impugnaciones de los ciudadanos, hasta un punto en que ya no será posible controlarlas de manera institucional.